

◆ Capítulo 7

Un día, allá por el fin del mundo y El lugar del testigo. Escritura y memoria

Horacio González

Estamos ante dos libros que no sabría decir si son complementarios en sus géneros, ya que el tema de los géneros (de escritura) es un tema de los dos quizá, en el sentido de cómo escribir lo que pasó, cómo escribir aquello, cómo escribir lo Otro o cómo escribir lo que, usualmente, hace vacilar toda escritura. Podría decir que el tema al cual se lanza la escritura de Nora Strejilevich es si es posible llegar al momento en que el tema florezca con todo su oscuro esplendor (me refiero a la desaparición, la muerte, la tortura).

Hay un problema respecto a qué cosa puede ser narrada cuando estamos frente a lo que usualmente llamamos horror. Lo digo así porque, efectivamente, hay una palabra para aquello ante lo cual nuestra narración vacila, hay una palabra que el diccionario y nuestra conversación habitual proveen. Aunque tiene que haber formas de pronunciar secretas, impulsos hacia esas palabras que no sean los habituales, lo cierto es que tiene una habitualidad descriptiva. Entonces, cualquier libro que se escriba sobre eso tiene que quebrar de alguna manera esta habitualidad, rodearla, saber salir de ella y dejar impregnar la escritura de aquello que se dice que no es sino un desafío escribir.

Se podrá decir que eso le pasa a cualquier escritor, pero no es habitual, me parece, con los temas vinculados a la desaparición, indicada a través de la palabra desaparición; esto quiere decir, la desaparición que deja el rastro de una palabra. Por eso se analiza (en *El lugar del testigo*) la expresión de Videla cuando dice *son una incógnita, son desaparecidos*. Esa es una interpretación importantísima, la que está en boca de alguien al que se puede atribuir ser un rostro visible de una maquinaria no fácil de describir, y ese rostro visible dice palabras que están en la memoria. En los aniversarios se las pasa: *no tienen entidad*, y dice la palabra desaparecidos como algo desdeñable, algo de lo que no hay que ocuparse. Dice son una incógnita y hace un gesto con las manos en relación a algo que estaría en el aire. Por lo tanto, hay una elocuencia fatídica

Lo decible de la desaparición

Hispanic Issues On Line Debates 10 (2022)

en la negación del terror. ¿Qué son, una entelequia? ¿y en dónde están? Ese es el tema narrativo fundamental de casi toda la literatura sobre los campos de concentración, el mundo concentracionario argentino y mundial. Y específicamente en los libros de Nora me parece encontrar la veta por la cual estas situaciones tienen que ser abordadas, bajo el previo anuncio de que se trata de una historia íntima, personal.

Aquí crecen las dificultades porque hay que buscar fórmulas verbales, como en el título del libro *Un día, allá por el fin del mundo*, equivalente a *Una sola muerte numerosa*. En *Un día . . .*, sin dejar de ver que algo de la misma índole indescriptible les pasó a muchos, está el desafío de aislar una vida respecto de esa multiplicidad. Por eso la idea de “un día” guía el relato y le pone un dramatismo especial.

En relación a los verbos que usa la protagonista cuando sube o viaja o cruza fronteras (la cotidianeidad del viaje está muy elaborada), ella es alguien que habla y se dirige a sí misma. Es un estilo que podría parecer un manierismo (la protagonista se dice, por ejemplo, “No podrás recobrar la calma”); si uno quisiera simplificar las cosas pondría un personaje con su nombre que diría “recobró la calma,” (12) en tercera persona. Pero acá tiene que haber una primera, una segunda y una tercera persona al mismo tiempo. Eso me parece que es una instancia muy importante, decisiva, porque quizá la idea de la desaparición esté ahí, en el uso de los tiempos verbales. Y el humor (como piensa Alejandro Kaufman) también está ahí porque es capaz de ver el absurdo de lo cotidiano bajo el signo del terror. La que va a hablar del terror es la que cruza fronteras, la que va a Polonia, ¿a buscar qué? Los diálogos son de una extrema cotidianeidad y absurdos por el cruce y la imposibilidad idiomática. Voy a repetir una escena que me parece extraordinaria, de las tantas que hay, que es la llegada de Nora al pueblo de Vishogrod, en Polonia. Además de la presentación del tema de cómo narrar lo que habitualmente consideramos que está fuera de los límites de las lógicas narrativas, en este caso hay una imposibilidad idiomática. Se buscan nombres y se le pregunta a personas que no hablan el propio idioma (algo semejante a lo que cuenta Perla Sneh, de otra forma, en *Lengua vespertina*). La autora, además, declara que no es eficaz en el uso de múltiples idiomas (el ciudadano del mundo, en cambio, no es tan interesante ya que con él no se producirían estas escenas formidables). Un viejito acepta hablar de un apellido que es un apellido tremendo para todos los que están en ese pueblo; aparece alguien que recuerda y ese que recuerda empieza a decir algo que no se entiende pero se entiende (eso es lo que me parece extraordinario), y él no sabe pero sabe y la autora —que tiene esos tres tiempos simultáneos— sabe que sabe pero no declara saber todo, de modo que sigue preguntando. La gracia está en que este señor, polaco, no sabe de dónde viene esta turista, la interrogadora casual, y él no entiende cuando ella dice

Sudamérica (para decir que uno es de acá hay que decir que uno es sudamericano pero él entiende americana). Por lo tanto no se entiende. El viejito se retira y el hijo le pregunta qué pasó. Y después, cuando el viejito vuelve a la escena, ya tiene otra actitud debido a que el hijo, evidentemente, le prohibió hablar, porque teme que venga alguien desconocido de afuera a quitarles la propiedad. En esta escena está resumida toda la historia del siglo XX. No solo de esa ciudad, también de la Argentina, de alguna manera, aunque no podríamos hablar aquí de esas chispas idiomáticas de no comprensión que finalmente hundan la escena hacia la comprensión total de lo que pasó.

Esa es la enorme fuerza que he visto en este libro, que tiene esa gracia, digamos: el horror contado con el absurdo. Ese temor del hijo era absurdo, no iba a pasar, pero ¿qué temor no es absurdo por el hecho de que alguna vez pasa o por el hecho de que alguna vez no pasa? Esa tensión le da una fuerza extraordinaria al viaje. Es una crónica de viajes que se convierte en la estructura de una gran novela sobre la imposibilidad de comprenderse comprendiendo todo. Comprender todo es, finalmente, lo que hay que contar, lo que pasó respecto al uso de medios tecnológicos para la desaparición de personas.

En *El lugar del testigo* está descrita esta tecnología pero no como tal (quizá la palabra se emplea un par de veces); está planteada en relación a la posibilidad de que el testigo pueda ser transmisor adecuado para una experiencia limítrofe. Al respecto se revisa casi toda la bibliografía conocida sobre el tema y se lo hace de manera crítica y planteando problemas que aún están pendientes (aunque reine en el aire la impresión de que esto ha sido acabadamente denunciado, escrito e investigado): este libro desvalija los demás libros y plantea problemas. Y así como me pareció interesante el diálogo donde se muestra la ininteligibilidad entre los verbos del polaco y los del castellano, acá me interesa el debate con el libro de Bonasso, *Recuerdo de la muerte* y también con el de Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado*, libros que permiten elaborar esta pregunta, la misma sobre la que estamos tratando de decir algo, esto es: si hay una palabra que está tapando la posibilidad de comprender lo que esa palabra dice, sería la palabra horror.

El tema de Bonasso es un tema de gran interés y me parece que es donde esto está más plenamente desarrollado. Para mí fue un pequeño shock leer esa parte del libro de Strejilevich, porque había leído *Recuerdo de la muerte* cuando salió en 1984, con la correspondiente distancia y demora en el tiempo: entre el momento en que se lo leyó y hoy han pasado muchos años y hubo muchos Bonassos de por medio. Y uno se pregunta ahora ¿cómo se escribió ese libro? Es una pregunta que, aun siendo angustiante puede parecer de mala educación, porque es un libro que tuvo una vastísima influencia, ilustró aspectos desconocidos de los campos de concentración. Pero el tema que se plantea es qué significa esa narración en relación a varios tipos de testigos:

uno, el que escapó en la frontera; el otro, el que se escapó a México y el otro testigo, el que lo escribió. Entonces ¿cómo se escribió esa crónica? Esa crónica abonaría la idea de cierta imposibilidad del testigo, porque el mecanismo está expuesto ahí con cierta facilidad (y no quiero con eso desmerecer lo que este libro tiene de valioso para todos los lectores hasta hoy, ya que por primera vez muchos supimos lo que quizá no queríamos saber). El cronista facilitó eso que se intenta decir porque arrojó sobre todo ese material un estilo periodístico que ya estaba en *La Opinión*, que ya estaba en Jacobo Timerman (sobre cuyo testimonio, *Preso sin nombre celda sin número*, hay observaciones muy interesantes en *El lugar del testigo*). Bonasso arrojó una argamasa que ya estaba pulida, como dice el prólogo de Laura Estrin: en el periodismo, en la universidad, y no en ese revoltijo de la verdura que es la memoria, que es una ensalada que se empieza a revolver y no se termina nunca de revolver, como sugiere *Un día . . .* Para ser fiel a esa ensalada, evidentemente, no tenía que tener el estilo ya consumado con el cual escribía un periodista: un muy buen periodista, que tenía ya el estilo con el cual leíamos profusamente en los años sesenta todas sus crónicas. Se replicaba siempre el mismo estilo. Ahí se pone en crisis la idea del testigo, porque ¿cómo sabía Bonasso que en los centros clandestinos se dialogaba así? Porque algo le habrían dicho, pero el periodismo moldea con una estructura previa. Uno espera que, en alguien que se proponga esta escritura, detrás del horror esté el silencio, como se dice en *El lugar del testigo*, o el estilo de un Primo Levi viendo en lo humano algo irresoluble. Me da la impresión de que Nora esa facilitación no la cuestiona (no hay por qué cuestionarla) pero la discute adecuadamente con la pregunta de si no habría otra fórmula, otro modelo de narrativa respecto a esa posibilidad que tiene el testigo de acercarse lo más posible a la representación de los hechos. Y si esa representación no está siempre en un lugar de la conciencia absolutamente problemático y hay que captarla en el momento en que pasa quedamente y después, si uno la captó, no se puede representar más. Poner en el lugar de peligro y de insuficiencia y de riesgo y de imposibilidad la posibilidad de escribir esto, me parece, es la aventura en la que se mete Nora Strejilevich. Porque si no, ¿por qué criticar estos libros?

En *Tiempo pasado* de Beatriz Sarlo hay otro problema: ante la renuncia de abordar esta dificultad, Sarlo dice que no hay por qué confiar en la experiencia inmediatez del testigo puesto que se precisa la mediación necesaria, ya no de un cronista periodístico sino de la investigación en regla. Escuché muchas discusiones sobre este ensayo en su momento (el libro salió en 2005) y, a raíz de ellas, un grupo de personas vinculadas a la universidad comenzó a hacer sus investigaciones descalificando la memoria para poner en su lugar la justicia. No sé si es adecuado verlo así: memoria versus justicia o investigación con más certezas que las que el testigo puede dar.

Este libro me mostró que muchos temas no están acabados, y mucho menos este. Para mostrar que este no estaba acabado había que mostrar que había un núcleo que nunca hay que cesar de tratar de comprender, y para eso están los instrumentos del lenguaje, incluyendo las percepciones, los olfatos. Hay que seguir olfateando en el lenguaje y en sus tiempos verbales.

Obras citadas

- Bonasso, Miguel. *Recuerdo de la muerte*. Buenos Aires: Bruguera, 1984.
- Sneh, Perla. *Lengua vespertina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 2019.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Strejilevich, Nora. *Un día, allá por el fin del mundo*. Santiago de Chile: LOM, 2019.
- _____. *El lugar del testigo. Escritura y memoria (Uruguay, Chile y Argentina)*. Santiago de Chile: LOM, 2019.

González, Horacio. "Un día, allá por el fin del mundo y El lugar del testigo. Escritura y memoria." *Lo decible de la desaparición*. Ed. Ana Forcinito y Griselda Zuffi. *Hispanic Issues On Line Debates* 10 (2022): 79–83.
